

por circunstancias económicas y sociales que han superado el obstáculo opuesto por los perturbadores del orden.

Todo en la naturaleza está subordinado, tanto lo físico como lo moral é intelectual; el individuo está subordinado al padre de familia, ésta al Municipio, éste al Magistrado ó magistrados supremos, y estos á su vez, lo están á Dios, á sí mismos por la conciencia y el deber, á la opinión pública, á los Senados ó Corporaciones supremas y no pocas veces á la humanidad, que los juzga y reprime. Si Dios ha establecido esta concatenación admirable, esta máquina perfecta de la cual El es el eje y el motor; ¿para qué buscar otro centro múltiple, vario, apasionado, falible y versátil como la multitud?

Antes de concluir recapitularé todo lo dicho advirtiendo que me he limitado en esta lección á exponer los diversos sistemas, pero sin desidir, pues si es verdad que la ciencia ha pronunciado su última palabra respecto de algunos principios, no así respecto de otros.

*La Soberanía emana de Dios, y está limitada por la Justicia.* Hé aquí dos principios generalmente admitidos aún por los protestantes y liberales de buena fe.

*La Soberanía reside en el Pueblo.* Esta opinión se halla combatida y casi generalmente desechada por los publicistas de nota, y reprobada por la palabra del Padre Santo.

*La Soberanía reside en la Nación.* Desde el siglo XVI hasta hoy han sostenido esta doctrina publicistas de crédito eminente; este último principio habéis escuchado algunas de las obgecciones que se le oponen; pero visto también que no está condenado.

*La Soberanía reside en el mismo Dios, el cual la concreta según conviene á su Providencia divina las necesidades de los pueblos y las conveniencias sociales, en aquel ó aquellos á quienes constituye sus Vicegerentes.* Esta verdad tiene en su apoyo las razones expuestas, las lecciones de la Historia, la conducta de los primeros cristianos y la aprobación implícita del Jefe de la Iglesia, no faltando textos sagrados que parece la confirman. Cuando la ciencia progrese, prevalecerá, pues "*Magnus ab integro seculorum nascitur ordo.*"

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DOCTOR D. JOSÉ NICOLÁS CAMPUZANO, PROFESOR SUSTITUTO DE LA CLASE DE DERECHO CANÓNICO, AL PRINCIPIAR EL CURSO ESCOLAR DE 1887 Á 1888.

*Señores:*

Cuando fuí llamado por vosotros á tomar parte en la delicada, puesto que grata labor, de educar á la juventud de mi patria, la conocida debilidad de mis fuerzas puso vacilante mi vo-

luntad, y habríame negado á aceptar ese cargo si la gratitud, que tanta largueza debió despertar en mi ánimo, no le hubiese estimulado á corresponder á ese llamamiento; si no me hubiese alentado la persuasión que abrigaba de que mis trabajos habían de ser fecundados por los consejos de vuestra ilustración y valiosa experiencia, recogidos en largo y provechoso magisterio; si no hubiese esperado que las dotes de la juventud que me confiabais, su amor á la verdad y constancia en el estudio suplirían con exceso lo que en mí se echara de menos; sí, en fin, servir á la patria, dedicando los propios sacrificios en pro de la más escojida y noble porción de sus hijos, cuando uno no ha sido llamado á eso, no fuese religioso deber que no se lo puede quebrantar sin amargura del espíritu ni olvidar sin perjudicial ejemplo para los demás. Esa misma gratitud que sembrasteis en mi corazón con llamarme á vuestro lado, y de la cual os doy público testimonio; ese mismo amor á esta juventud que me disteis de compañera en mi estudio, me han puesto en el caso de obedecer justa y respetuosamente el mandato que recibí de hablar hoy á vuestro nombre á este auditorio ilustrado y respetable. Debo, pues, hablaros, Señores, y hablaros de manera que se compadezcan mis palabras y razonamiento, siquiera algún tanto, con la naturaleza de las actuales circunstancias y de la solemnidad que celebramos. Mas, ¿cuál es la razón por la que maestros y discípulos atentos y hasta complacidos se encuentran aquí congregados? Principiamos, Señores, nuestras comunes, literarias ocupaciones: iniciamos hoy un nuevo curso que será, no lo dudo, de proficuos resultados para los alumnos, y por esto, de bien seguras esperanzas para lo porvenir; nuestro espíritu anhelante de mayor perfección, va en pos de nuevos é ignorados horizontes, de más intensa luz. ¿Por qué no habéis de estar complacidos, Señores? Pero ¿cuáles serán las condiciones de la enseñanza, cuáles los deberes del maestro, las obligaciones del discípulo, á fin de que este nuevo curso no sea en la historia de este secular, renombrado plantel, una página vacía ó más bien dolorosa para la sociedad?

No ignoráis, Señores, que el estudio debe acomodarse, en general, á la naturaleza completa del hombre, y en particular, á la de la facultad intelectual, sujeto en quien reside la ciencia. El siglo actual, que todo lo ha desnaturalizado, no se ajusta en la enseñanza á ese principio. Prescinde en todas las ciencias de la causa primera y universal, y olvidándose que la inteligencia del hombre es limitada y que se desenvuelve por grados, quiere abarcar toda clase de conocimientos, poseer á un tiempo todos los secretos de la naturaleza, aprovecharse de una vez de todas sus ventajas. Inventor del telégrafo y de los vapores, quisiera recorrer en un instante los espacios infinitos de la verdad. Mas, por esto mismo, porque quiere saberlo todo de una vez, llegará á ignorarlo todo: su concupiscencia de luz le empujará á profundas tinieblas. Si no queremos quedar sumergidos en ellas,

apartémonos, en lo posible, de esa pretensión vanidosa y por demás soberbia del presente siglo. Ni tenemos para eso necesidad de grandes esfuerzos: nos bastará someternos á esa ley de naturaleza, en virtud de la cual todo sér, en su perfeccionamiento, tiene que ir ascendiendo gradual y paulatinamente hasta llegar al punto á que está llamado á ocupar según los designios del Creador; bastará fijarnos en que nuestro entendimiento no puede penetrarlo todo en una sola mirada y que debe proceder él también por grados en la asección de la verdad; bastará ir de lo simple á lo compuesto, de lo particular á lo general, adquirir en fin, aquellos conocimientos que sirven de base á los demás. Los hijos de este siglo quisieran abrazar todos los ramos del saber, especialmente aquellos cuyo objeto es la materia en sus diversas formas y relaciones; sólo miran con desdén las que se proponen estudiar la entidad más noble del Universo, á saber, el espíritu y cuanto le concierne. Quisieran ser á un tiempo geógrafos, matemáticos, químicos, geólogos, médicos, jurisconsultos, políticos, estadistas, y sobre todo esto, también consumados literatos. Y tanta ciencia van á buscarla, no en las obras bien meditadas de los sabios, sino en las hojas periódicas de los charlatanes que se estiran por parecer representantes legítimos del siglo de las luces; los libros van olvidándose por la generalidad de los que aspiran á conocer algo del Universo, de sus leyes y de sus causas. Gran desgracia, Señores, que merece ser remediada oportunamente.

A fin de que el estudio sea provechoso y nos sirva de instrumento para romper el negro envoltorio de ignorancia en que nace nuestra inteligencia, es menester que aprendamos á ser sobrios en nuestros deseos de sabiduría, humildes en nuestras pretensiones de ciencia, discretos en la elección de aquellos estudios para los cuales hemos nacido con disposiciones; es necesario que sepamos sacrificar lo curioso á lo útil, lo útil á lo necesario. Si vosotros, jóvenes, siguiérais estas máximas, llegaríais á ser conspicuos en las carreras que habéis abrazado; os pondríais lejos de esa necia presunción y de los errores que engendra la ilustración superficial, y aun cuando conociérais menor número de cosas, las comprenderíais mejor y más profundamente.

Bién sabeis, Señores, que hay una ciencia madre y maestra de las demás, que contiene los fundamentos de todas y que nos dá las últimas razones de cuanto encierra el Universo. El que quiera llegar á la sabiduría, debe haberse familiarizado con esa ciencia y adquirirá más luz á medida del mayor conocimiento que tenga de ella; así sus pasos serán firmes y sus labios no hablarán la mentira. El presente siglo, amante de novedades y desdeñoso de la verdad, porque es antigua, en su altivez, creyó humillante para él principiar el estudio de las ciencias por donde habían comenzado los siglos anteriores que él llama de oscurantismo, porque fueron humildes; y desterró casi por completo el

estudio de la verdadera filosofía racional, sustituyéndola con una espuria, empírica y superficial. De aquí vinieron tantos errores que casi han sepultado las verdades en funestos escombros. Y si Jesucristo, verdad incoada y eterna, no estuviese alumbrando constantemente, por medio de su Iglesia, las oscuridades de este mundo, hace ya más de un siglo el linaje humano estuviera sepultado en abismos más negros y profundos que los en que estuvo sentado bajo las espesas sombras del paganismo. Cuando las ciencias vuelvan á vigorizarse con el estudio de la filosofía racional, cuando acudan á ella para explicar los misterios de la creación, cuando oigan de sus labios lo que es el alma humana, lo que es el hombre, lo que es la sociedad, lo que es Dios, entonces se convertirán en caminos que nos conduzcan á beber los torrentes de luz que corren á raudales de la Sabiduría misma.

Si, pues, á vosotros jóvenes, os sobra tiempo para otros estudios que no sean los que venís á hacer en esta casa, yo os aconsejara que, antes de daros á la lectura de novelas y poesías baladíes, revolviérais una y otra vez los libros de la filosofía. Ellos os darán alimento sustancioso para vuestras inteligencias y serán preservativo eficaz contra tantos errores como vagan ahora por el mundo.

Os dije, Señores, que el estudio debe estar en conformidad con la naturaleza completa del hombre, si ha de conformarse á su objeto propio, esto es, á la perfección de la naturaleza humana. Esta, inquieta y turbada, ha buscado en todo siglo, sin interrupción de ninguna clase, un centro donde descansar, donde se aquieten los anhelos de su corazón que busca lo infinito, pues el hombre tiende con todo su sér á la posesión del bién y del Bien Supremo. Que éste es su fin lo están diciendo las criaturas en concierto sonoro y admirable; se lo dice la caducidad de su cuerpo, la inmortalidad de su alma, la luz de su inteligencia, los latidos de su corazón. Y si este es su fin, debe tenerlo presente en todas sus operaciones, con especialidad, en las más nobles y elevadas, en aquellas en que se ejercitan sus facultades esenciales, como son el entendimiento y la voluntad. La ciencia, cualquiera que ella sea, no puede prescindir del Bién Supremo, sin dejar de ser ciencia, así como el amor, si no está vivificado por la caridad, no es amor verdadero. Por haber olvidado estas verdades, la sabiduría moderna ha introducido confusión espantosa en todas las ciencias y ha conmovido así todo el orden moral que constituye la vida del individuo y de las sociedades. Y sino mirad, Señores, lo que pasa en esas soberbias naciones del viejo mundo. Prendadas de la brillantez de su civilización, creyeron que Dios estaba por demás en el Universo, y han borrado su nombre inefable de la filosofía, de la geología, de la medicina, de la jurisprudencia, de la política, de todo, y con borrarlo, se van metiendo en una fastuosa barbarie que puede competir muy bien y con sobradas ventajas con la civilización de Men-

sis y Babilonia. La vieja Europa, la culta Europa, si no vuelve sus ojos á la salvadora de las naciones y de los pueblos, á la Iglesia Santa, si no reinscribe el nombre de Jesucristo en sus códigos, en sus libros, en su filosofía, en su medicina, en su jurisprudencia; si no pone de nuevo la cruz en la corona de sus reyes, perecerá cierta é infaliblemente y la luz pasará á otras naciones más humildes, para posar en ellas y darles paz y ventura. Ojalá, Señores, esa luz no se aparte jamás de nosotros, y no se apartará, si seguimos, como hasta aquí, subordinando las ciencias al magisterio de Dios, si no evitamos el ser iluminados por sus resplandores y si conservamos su reinado, así como en la familia, en el Estado, en las ciencias y en las artes, en todo, porque del Señor es el Universo y cuanto él encierra.

Los impíos han logrado inducir á muchos incautos en el monstruoso absurdo de que mientras impere Dios en los pueblos, éstos no gozarán de ninguna libertad. Al decirles eso, irritaron la pasión más ciega y más insensata del hombre, la soberbia, y sin examinar en qué fundamentos se apoyaron esos hombres para lanzar semejante blasfemia, los ignorantes pusieron sus brazos en la obra de desterrar á Jesucristo del reinado de las sociedades. Y como los impíos viesan que para lograr este empeño, el camino era reducir la blasfemia á sistema de doctrina, fundaron una escuela de ciencias políticas, en la cual todo conspiraba á su intento infernal. Pudiéramos decir que el trabajo de las demás ciencias contra la Religión, se sintetizó en las públicas. Desde la revolución francesa hasta hace poco, cuánto se enseñaba, cuánto se escribía acerca de ellas, estaba impregnado de mortal ponzoña. Pero el que vela por la verdad, señaló tiempo al reinado pacífico del error y suscitó talentos vigorosos que, con sabiduría y lógica invencibles, reduzcan á polvo el ídolo sangriento que casi por un siglo había tenido encadenados á sus plantas á los filósofos, á las universidades, á las ciencias.

Para honra nuestra, á este establecimiento le toca la no escasa gloria de haber sido uno de los primeros en alzar su voz contra esa pretendida ciencia, de haberla sometido á las enseñanzas divinas, de haber principiado á dictar una política cristiana. Con esto, los profesores de esta Universidad han cumplido uno de los más sagrados deberes, y estoy seguro, seguirán cumpliendo con la lealtad que corresponde á los hijos de la Iglesia. Saben muy bién que su conciencia no quedaría tranquila y que llevarían sobre sí una responsabilidad inmensa, si á una juventud generosa y bién intencionada, la extraviaran en punto tan importante, desligando los estudios de las enseñanzas católicas; saben que las semillas de bién ó de mal que se echan en esas tiernas inteligencias, deben dar frutos perpetuos de salud ó de muerte para la patria; saben que la grandeza de esta se halla en la posesión de la verdad y del bién, y como buenos hijos de ella quieren inmortalizar su dicha y ahorrarla las amargas lágrimas que

al fin y al cabo arranca á los pueblos la enseñanza del error. Con hacer esto, los profesores cumplirán la sustancia de sus obligaciones y prestarán así un servicio inmenso á la causa de la civilización y de la patria.

Sin sentir, Señores, he hablado siquiera brevemente de los deberes de los profesores. No pensé hacerlo, porque juzgaba atrevimiento en mí insinuar algo acerca de eso á maestros tan ilustrados, tan conciencizados, tan patriotas y tan católicos como los que tiene en su seno esta Universidad. Mas, ellos que han cumplido con su principal deber, antes que enseñanza, verán en mis palabras el aplauso de su conducta, la felicitación que merece quien obra recta y sabiamente.

Me propuse también, Señores, hablar de las obligaciones de los discípulos, aunque entiendo que los jóvenes que me escuchan las conocen muy bien. No os dañará, con todo, si os traigo á la memoria lo que vosotros mismo no ignoráis. Las máximas que nos guían en la vida práctica deben sernos recordadas frecuentemente, aun cuando las conozcamos con perfección, por el peligro que corremos al olvidarnos de ellas.

El amor á la ciencia debe ser el principal móvil del estudio; pues, sin este amor, el espíritu no tiene el vigor que requieren las tareas escolares, no profundiza ninguna materia ni se levanta á las altas regiones de la verdad ni va en pos de luz: los bienes suprasensibles no son el patrimonio de los que se encuentran encadenados por los encantos de la materia. Si estamos apegados á ella, ni los dotes del entendimiento ni la dedicación al estudio ni los constantes sacrificios bastarán para empujarnos más allá de las comunes medianías. El alma del sabio se mueve en una atmósfera tan pura y diáfana que no alcanzan á oscurecerla los nubarrones formados por el extravío de las pasiones. Para propender, pues, á ella es menester que el estudiante, aun cuando se proponga alcanzar con sus trabajos una profesión cualquiera, se crea, sobre todo, obligado á amar la verdad y que la ame en efecto con el mismo ardor con que se ama la belleza. Que la codicia, orín corruptor de corazones envejecidos en los vicios y hedionda lepra de nuestras sociedades, no tome asiento en vuestras almas apenas salidas de los labios de la vida. Sin esto, nuestros estudios serán deficientes, nuestro aprovechamiento mediano y quedaremos hasta burlados respecto de las esperanzas que hubiéramos concebido de allegar, por medio del estudio, los bienes de fortuna. Cuantas obligaciones tiene el alumno pueden compendiarse en esa sola; porque quien ame la ciencia no omitirá sacrificio por alcanzarla: será disciplinado, moral, severo, constante y aun religioso. Bien quisiera, amados jóvenes, aumentar en vuestros pechos la sed de sabiduría para que así os coronárais de gloria y enalteciérais á la patria. Mas mis discursos valdrían muy poco, aun caso de que fueran elocuentes, á presencia de los ejemplos que os dan vuestros profesores, ex-

ceptuado el que ahora os habla. Seguidles, Señores, y en breve obtendréis las palmas que en este plantel se guardan para los jóvenes estudiosos y que buscan con afán los secretos de la ciencia.

---

## MEDICINA.

---

### INVESTIGACION

ACERCA DE CIERTOS CASOS PERNICIOSOS Y ENFERMEDADES DE NERVIOS.

---

*Por Manuel María Casares, Profesor de Patología general y Nosografía.*

---

En el número 227 de la Gaceta Municipal de Guayaquil, correspondiente al 28 de abril del año corriente, se lee lo siguiente:

“¿Cuántos casos que hoy nos conformamos con decir *perniciosos* serán debidos á estos inmundos seres microscópicos, (los distomas del hígado) que evolucionan en el organismo? ¿Cuántas enfermedades que muy orondos llamamos de *nervios* no serán producidas por la acción directa ó refleja de esos seres parasitarios que se nos alojan en ciertos órganos ó vísceras?”

La Municipalidad del Guayas, en la sesión ordinaria del 12 de abril del presente año, ha puesto fin á las reclamaciones que surgieron con motivo del distoma hepático; por lo tanto, no debo ya ocuparme en un punto desprovisto de interés y actualidad. Mas siendo indispensable desentrañar el secreto de las dos proposiciones etiológicas enunciadas, me tomo la libertad de pedir algunas luces, á fin de ver si desaparece la confusión de las ideas, ya que un Profesor debe aprovechar las ocasiones que se le ofrezcan de estudiar y aprender algo útil para la enseñanza.

La importancia de las opiniones, objeto de este artículo, salta á la vista: esos *casos perniciosos*, aquellas *enfermedades de nervios* son efectivamente hechos particulares recojidos y acumulados por la observación diaria de uno de los médicos más acreditados en Guayaquil; y como el progreso y adelanto de la Patología general consisten en reunir hechos aislados, para deducir leyes generales que vayan robusteciendo las bases del edificio médico, si resultan exactas las opiniones citadas, deberá ensancharse y enriquecerse el extenso campo de la Patología, con la adquisición de hechos completamente nuevos.

Supongo que los Señores Profesores de la Facultad Médica del Guayas se mantendrán firmes en la resolución de *estudiar y experimentar hasta la saciedad*: espero se hagan las investigaciones